

Ven, Señor Jesús

Comenzamos un nuevo año litúrgico, un año completo en el que celebramos todo el misterio de Cristo, su nacimiento, vida pública, pasión, muerte y resurrección, Pentecostés, con todas las fiestas de María su Madre y de todos los santos. No se trata de volver siempre a lo mismo, sino de poner en el centro a Jesucristo, como en una espiral creciente, que nos va elevando en torno a Él hasta alcanzar cada uno de nosotros la plenitud, la santidad, empujando al mismo tiempo a toda la historia humana hacia su propia plenitud y salvación.

Y en el horizonte de este primer domingo de adviento se nos propone la segunda venida del Señor. Sí, los creyentes esperamos que Jesucristo nuestro Señor vuelva lleno de gloria en el final de la historia. Todo lo que vemos se acabará. Sólo quedará el amor que hayamos puesto en nuestras obras, amor que va construyendo un cielo nuevo y una tierra nueva.

Esa segunda venida del Señor coincidirá para cada uno personalmente con la muerte, cuando cada uno seamos llamados para salir al encuentro del Señor. Le veremos tal cual es, y nos saciaremos para siempre de su presencia en un abrazo de amor para toda la eternidad. «Deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor» (Flp 1,23), nos recuerda san Pablo. El cristiano vive, por tanto, en el deseo templado de encontrarse con Jesucristo más allá de la muerte. A Jesús, a quien ya ha conocido en la tierra, lo desea más que un esposo/a desea a su esposa/o.

Ya los primeros cristianos repetían una y otra vez: «Ven Señor Jesús» (Maranatha). A lo largo de la historia de los creyentes, éste es un grito constante en la liturgia de la Iglesia. «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Quien lo oiga diga: Ven... Sí, vengo pronto. Amén» (Ap 22,17.20). El creyente en Jesucristo vive en la dichosa esperanza de la venida de su Señor. Una espera sponsal, que va ensanchando nuestro corazón hasta que un día se sacie de la felicidad eterna.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández